

Cargarse al padre

Gonzalo Ugidos

"Detesto los libros de texto", acertó el chico a decir entre una parafernalia completa de visajes, pingaletas y otras irreverencias a las que el padre replicó con un retruécano de bofetones.

El chico vino al mundo un seis de septiembre. Mala cosa. El día de su cumpleaños había siempre una tarta con velitas y el apio verde tuyú. Había también paquetes primorosamente envueltos con lacitos de colores, pero en el cogollo del paquetamen faltaba el ensueño de un comecocos de bolsillo, o la ilusión con lentejuelas de una guitarra con enchufe a la red, o la música misteriosa de las esferas metaforizada en un balón de reglamento. Todos los años al seis de septiembre la misma historia de paripés y amagos: un montón de regalos con las entrañas emponzoñadas de temas y lecciones de E.G.B.

El chico había nacido, quedó dicho, un seis de septiembre, en vísperas del comienzo del curso escolar, y como a la oportunidad la pintan sin bisoñé, papá y mamá, qué cielitos, so pretexto de que el Pisuerga pasa por Valladolid ilustraban su parternal cariño en día tan señalado regalando al retoño libros de texto. Qué cielitos.

Por mucho menos

que eso hubo un muchacho, un tal Cósimo Piovasco de Rondó que, cuenta (talo Calvino, se subió a un árbol y nunca más volvió a poner sus pies en la tierra firme que hollaban sus progenitores devoradores de caracoles.

"Detesto los libros de texto", repetía el chico mientras buscaba la providencia de una puerta que le ahorrara la penitencia de otro sopapo. "Y fue tan grande su despecho que la puerta de la casa por la que salió llorando le llegaba a la cintura".

Tuvo el chico redaños suficientes para volver al dulce hogar de papáes y mamáes, qué cielitos, y encarar la vindicta del dios padre. Entonó la palinodia, hizo acto de contricción y propósito de enmienda, repitió cien veces el *diktat* paterno de que de mainacidos es no ser agradecidos y acabó por merecer un perdón envuelto en sonrisas indulgentes. El siete de septiembre, como todos los sietes de septiembre, tuvo para el chico el amargo sabor de la resignación y de la acomodaticia renuncia a la rebeldía. "Pero cuando sea mayor..." rumiaba el muchacho, "cuando sea mayor y llenaba los puntos suspensivos con imágenes sensuales de libertad y hedonismo de juegos reunidos, guitarras eléctricas y bicicletas de trial.

Su viaje nostálgico de futuro se estrelló, al fin, en la lucidez de la depresión y un haz de luz espesa le torció el gesto, le puso en la mirada un brochazo de malicia y le hizo decirse para su colete: "Cuando sea mayor seré un perfecto imbécil". Se veía como un tipo cuatroño y fondón que recordaba haber sabido declinar la rosa, el valor de pi y algunos avatares incontrastados de las guerras púnicas, las valencias del oxígeno y que las naranjas vienen de Valencia.

Estaba decidido. El chico se encerró en el water, arrimó lumbre a un Don Julián n.º 1 que le había sableado al padre como primer acto litúrgico de un plan salvífico y a la luz del chisquero atisbó los mojones que balizan la rebeldía. Luego los vahos del Don Julián explotaron en su estómago tierno y una torrentera de bilis y judías verdes con patatas puso perdido el linóleo del retrete... Entre los restos del naufragio, la asistenta creyó ver, a más de la papilla regurgitada, una maraña de palabras en latín, algún complemento directo, la

fórmula para hallar el volumen del cono, un teorema de Pitágoras casi entero, la fecha en que Recaredo renegó del paganismo, alguna alhaja del tesoro de Guarrázar y una definición completa de la conjugación perifrástica. Cultura es lo que queda después de haberlo olvidado todo. Aquel chico vendió los libros en la cuesta de Moyano, se compró un método Tárrega para aprender a tocar la guitarra e hizo ejercicios de dedos palpando las mollitas apenas púberes de las lolitas en flor del Consulado-boite. Cuando el chico se hizo mayor salía en las portadas de los discos, en las revistas colorín y en la lista de primeros contribuyentes de la Hacienda Nacional.

. Papá y mamá, qué cielitos, con los años y las glorias del vástago se convirtieron en dos momias exquisitas que babeaban hablando del chico y decían en las entrevistas que ellos lo vieron claro desde el principio y que siempre le fomentaron la precocidad con que se manifestó en el virtuosismo de la música.

Nota bene: La edificante biografía de este muchacho que nació, mala cosa, en vísperas del comienzo del curso pasa por alto algunos de sus viajes a horcajadas del *caballo asesino* y sus excepcionales conocimientos empíricos de anatomía fisiología, botánica y otras ciencias profanas que cultivó primero en fétidos lupanares y luego en la suite presidencial del Hotel X.